

(Reflexiones sobre un proceso de inscripción semiológica)

Una ojeada a la ciencia del lenguaje permite observar que en un primer momento ésta se reconoce como tal en un proceso dialéctico, teórico-operativo, que, manejando los lenguajes naturales, instauro modelos de análisis de sistemas significantes (lingüísticos), a partir de un primer trabajo de deslinde de campos autónomos de estudio (fonológico, morfológico, léxico, sintáctico). En esta delimitación de niveles que practica la lingüística contemporánea para particularizar y describir la lengua, operan fundamentalmente dos perspectivas de análisis formal: el estudio de la organización sistemática de las unidades basado en las relaciones de oposición (paradigmático) y el de las reglas de combinación de dichas unidades en la estructura de las frases y el discurso (sintagmático). Se establecen así los mecanismos estructurales que subyacen a la utilización del habla por los individuos. Se pasa en consecuencia, de lo sustancial y manifiesto a las formas inconcientes, éstas últimas sólo delimitables a partir del sistema o nivel en que se insertan.

Posteriormente, y coincidiendo con nuevos avances teóricos de la lingüística, se produce un desplazamiento significativo: muchos de los discursos de las ciencias sociales integran los aportes de la ciencia lingüística y en una nueva perspectiva, en una nueva mirada que se vuelve a ellos mismos, se postulan como sistemas de signos y comienzan a interpretarse a partir de sus relaciones significantes. Estos diversos campos, sociológico, antropológico, psicológico, artístico, etcétera, comienzan a constituirse paralelamente en series estructuradas como lenguajes, emparentadas con los modelos originados en las lenguas naturales, pero practicando a su vez un enfoque *trans-lingüístico*. Este enfoque implica el manejo de elementos que difieren de los lingüísticos en un doble plano cuantitativo/cualitativo. La diferencia cuantitativa se establece porque un análisis trans-lingüístico opera (o puede operar) con unidades que rebasen en extensión las formas mínimas delimitadas.

tadas por el análisis de las lenguas naturales: así una unidad o función en la literatura (Propp) o una forma mínima del mito (Lévi-Strauss) puede no coincidir con la unidad frase u ración determinada por el análisis lingüístico. El plano cuatitativo, que presenta una problemática de "desborde" más aleja, implica diferencias que se instalan, por una parte en la existencia de lenguajes o sistemas cuyo soporte no es el lenguaje humano (lenguas naturales) y por otra, en la especificidad o punto de vista que adopte cada una de esas ciencias o esos discursos para modelar su objeto de estudio. En esta problemática se "busca" (Kristeva) actualmente la semiología: ciencia que implica el tratamiento de los fenómenos culturales como sistemas de signos.

En este proceso que va de la constitución de la lingüística como ciencia al desplazamiento que practican las ciencias sociales, el discurso de Saussure abre la profunda brecha que separa a la lingüística actual de su estadio pre-científico y señala el camino a los posteriores trabajos semiológicos, ubicando a la lingüística como ciencia particular en pertenencia a un campo más general y abarcador: la ciencia que se ocupa de los sistemas de signos. Más aún, los pasos hacia la definición de su objeto se concretan a partir de esta doble formulación lingüístico-semiológica. Como afirma Greimas, "Las metáforas de Saussure que siguen impactando nuestra imaginación: el juego de ajedrez, el anverso y el reverso de la hoja de papel, el tren de París, son todas extra-lingüísticas; y la descripción de las lenguas naturales es para él sólo una tarea particular situada en el interior de la semiología".

La innovación de Saussure consiste en descartar al objeto como "hecho" y en constituirlo en término de reflexión para reconocerlo y delimitarlo. Esta preocupación se centra en la instauración del concepto de lengua con la consecuente búsqueda de una definición y de las propiedades que lo constituyen. Todo el esfuerzo de su obra se ubica en esta búsqueda. El establecimiento del concepto de lengua, de su identidad, de sus características, es el soporte temático, el significante global que guía todas sus especulaciones y el que ordena su discurso a pesar de las aparentes contradicciones en que incurre a través de los tres cursos que dictó en la Universidad de Ginebra.

Esta inscripción de la noción de lengua (de la que dan cuenta algunos de los trabajos aquí incluidos), determinada por la apoyatura global que le proporciona el fundamento semiológico, se manifiesta en Saussure como un proceso de sucesivas exclusiones de los elementos que le son exteriores.

La primera operación de "descarte" tiende a deslindar el campo

científico de la lingüística a fin de superar el obstáculo constituido por una serie de entrecruzamientos con ciencias conexas que habían incidido fuertemente en las especulaciones lingüísticas anteriores. Con esto, Saussure apunta también a la reivindicación de un objeto específico que no se confunda con el de otras ciencias y que presupone la exclusión de los posibles elementos de otras disciplinas que puedan "alojarse" en el material lingüístico (antropológicos, fisiológicos, psicológicos, filológicos).

La confrontación del *Curso de lingüística general* con la transcripción de apuntes tomados en clase por los alumnos aporta interesantes datos sobre esta primera operación. En el *Curso* se descartan la ciencias conexas y se insiste sobre todo en las tareas que la lingüística debe realizar, sin especificar dentro de qué encuadre epistemológico se ubica, ni cuál es su identidad en relación a otros campos de conocimiento. Sin embargo, este problema de identidad científica aparece resuelto en los apuntes:

"Para asignar un lugar a la lingüística no es necesario tomarla por todos sus costados. Es evidente que de este modo, muchas ciencias (psicología, antropología, gramática, filología) podrían reivindicarla como su objeto. La vía analítica no ha conducido nunca a nada. Nosotros seguiremos una vía sintética. Es necesario tomar lo que aparece como esencial al sentimiento y entonces podremos asignar al resto su verdadero lugar en la lengua.

¿Es muy difícil? ¿No es acaso evidente que ante todo la lengua es un *sistema de signos* y que es necesario recurrir a la ciencia de los signos<sup>1</sup> que nos hace conocer en qué consisten, sus leyes, etcétera? Esta ciencia no existe en las disciplinas conocidas. Será una semiología (ninguna relación con la semántica, ciencia de los sentidos de las palabras, por oposición a aquella de las formas). Es también evidente que la lengua no abarca toda especie de signos. Debe existir entonces una ciencia de los signos más amplia que la lingüística (sistemas de signos: marítimos, de los sordomudos, de los ciegos y en fin, lo más importante de la escritura misma)".

Este texto corresponde a la clase de Saussure dictada el 12 de noviembre de 1908, apenas comenzado su segundo curso. Con-

<sup>1</sup> Variante de otro alumno: la ciencia de la que depende la lingüística es la que se ocupa de los signos.

siste en una exposición continua que puede dividirse en dos subunidades expositivas: la primera de descarte y la segunda de encuadre epistemológico. Esta secuencia permite observar, por una parte, la omisión que hacen los editores del curso cuando eluden ocuparse de la semiología, tema que "despachan" posteriormente y en otro contexto, en una síntesis de dos páginas y media, sin volver a mencionarla en el resto del libro. Por otra parte, puede observarse la aproximación lingüístico-semiológica tanto como la delimitación de series posibles de sistemas autónomos concebidos como dominios unificados por una ciencia que los abarca.

En esta secuencia, es oportuno destacar la mención de la *escritura* como uno de los posibles campos de estudio a cubrir por esta ciencia general; mención también omitida en la edición del *Curso* tanto en el capítulo dedicado a la semiología como en el que trata el problema de la escritura. Subrayemos pues, que para Saussure la escritura constituiría un sistema de signos particular, cuya especificidad deberá ser tratada por la ciencia semiológica.

Esta reflexión sobre la escritura constituye una de las aparentes contradicciones de que hablamos cuando nos referíamos a la búsqueda para delimitar el objeto lengua. Esta aparente contradicción se presenta cuando, en un *segundo procedimiento de descarte*, luego de haber logrado un primer camino inductivo hacia el objeto, Saussure se ve llevado, en nombre de la lingüística, a la exclusión de la escritura como objeto lingüístico. Este procedimiento que ha sido mal interpretado por algunos y aceptado acríticamente por otros, en particular por sus discípulos de la escuela de Ginebra, conviene aclarar en qué condiciones se produce y cuáles son las diversas causas que lo determinan.

Esas condiciones están dadas por el obstáculo que constituían los discursos y formulaciones lingüísticas anteriores o contemporáneas a Saussure, quien, es preciso recordarlo, pertenecía a la era "filológica", al momento de prevalencia de los estudios históricos y comparativos de los fenómenos del lenguaje. Estos estudios podemos imaginarlos como un espacio cuadrulado donde las líneas verticales indicarían la evolución de las palabras y contenidos en una lengua a través del tiempo y las horizontales, las relaciones de éstas con otras de diferentes lenguas, en un camino diacrónico que iba de las formaciones actuales a las más arcaicas y viceversa, en búsqueda de la unidad final. Se atenían al fenómeno manifiesto para señalar principalmente su evolución en el tiempo y dictaminar sus leyes de transformación. Por otra parte, y como consecuencia del

estudio de la continuidad en el tiempo del fenómeno estudiado, estos métodos operaban fundamentalmente sobre la descripción de las transformaciones de la *sustancia*, es decir de las evoluciones fonéticas estudiadas a través de documentos escritos, sin tener en cuenta, para hablar en un sentido saussureano, la *forma* que subyace a estas manifestaciones. Esta noción de forma, en oposición a sustancia (fenómeno, estrictamente fonético), indicaría el sistema de relaciones y oposiciones que sostienen entre sí las unidades lingüísticas en un momento dado. El concepto de forma puede vincularse también al plano de las transformaciones diacrónicas siempre que se tengan en cuenta las transformaciones globales del sistema que se producen de un estadio a otro de la evolución en el tiempo y no el mero cambio de sustancia fónica (o semántica). Este predominio de los estudios sustancialistas, al centrarse fundamentalmente en los textos escritos, establece una sobrevaloración de la escritura en relación al lenguaje hablado. Por otra parte, la lingüística anterior no había establecido claramente por el mismo motivo los límites entre el sonido y la letra: "ni el mismo Bopp —dice Saussure— hace distinción clara entre letra y sonido; al leerlo se creería que una lengua es inseparable de su alfabeto; sus sucesores inmediatos cayeron en la misma trampa" (*Curso*, pág. 73). Esta situación concurre también al auge normativo: en función de la escritura se dictaminan normas que funcionan como "violencia" y "censura" sobre las tendencias del habla.

En esta breve síntesis pueden observarse dos tipos bien definidos de obstáculos a los que Saussure debe vencer para continuar elaborando su objeto. El primero se sitúa, como lo vimos, en la relación sustancia/forma. La escritura se trataba en función de los datos que aportaba su manifestación, por encima de una reflexión inherente a su carácter sistemático. Además, bajo esta perspectiva, y eso es lo que justamente incide en el descarte, escritura se opone a lengua por ser la primera una expresión particular y la segunda el mecanismo que la determina. El segundo obstáculo es de orden más inmediato y lingüístico: pertenece por una parte a una situación de indiscriminación científica y metodológica y por otra, a los mecanismos de presión que se obligaba a ejercer a la escritura sobre el lenguaje hablado; así como la primera dificultad consistía en la relación sustancia/forma o bien lengua/escritura, la segunda se sitúa en una oposición de nivel diferente: la relación escritura/habla.

Este último obstáculo conduce a Saussure a la siguiente afirmación de descarte: "sólo la lengua hablada es objeto de la

lingüística". De esta manera afirma, al mismo tiempo, la autonomía de ambos sistemas para diluir los errores de entrecruzamiento en que habían caído sus predecesores y contemporáneos; responde también así, a la necesidad de desprendimiento del poder normativo de la escritura para promover el estudio de los sistemas en su situación sincrónica.

Con respecto al primer obstáculo, su descarte constituye a su vez una apertura de orden semiológico: apertura a la ciencia de la escritura como sistema paralelo al lenguaje hablado (tal como lo postula al final del texto que transcribimos), ruptura de la sujeción a la sustancia al nivel manifiesto, heteróclito y asistemático. Paradójicamente, la exclusión de la escritura no es, pues, un descarte, sino una posibilidad abierta hacia su propia reflexión.

Saussure no niega en ningún momento la existencia semiológica de la escritura sino el papel que le forzaban a desempeñar las concepciones lingüísticas de la época; no es la escritura lo que constituye el obstáculo sino las posiciones pre-científicas que inducían a confusiones. Es a partir de este tipo de postulaciones y por la necesidad que determina el proceso de "desnudamiento" de su objeto que Saussure se ve precisado a omitir momentáneamente a la escritura. Responde así a una necesidad profunda: destacar la distancia que media entre la manifestación y la estructura, entre el fenómeno y su organización semiológica; esta delimitación constituye entonces una nueva manera de delimitación que lo proyecta hacia su objeto.

En esta distancia relativa, en esta diferencia de nivel, el de la manifestación por una parte y el de la organización semiológica por otra, se inserta la *tercera operación de descarte* que instala la famosa dicotomía lengua/habla. El habla es definida en función de la lengua como su contracara individual: ejecución acto fónico concreto sostenido por el sistema formal que presupone la naturaleza semiológica de la lengua. Así el habla, en tanto apropiación individual del sujeto hablante y continuum fisiológico, participa también, como la escritura, del dominio de la sustancia. La lengua se inscribe por el contrario en un mecanismo o sistema de valores y relaciones cuyo "medio de producción es indiferente".

¿Qué queda entonces como "marca" que define a la lengua dentro de este proceso teórico de Saussure? Una vez extraídos y descartados los elementos que hacen al hecho concreto de la manifestación o los objetivos de otras ciencias en relación a la lingüística, sólo se mantiene como *hecho de lengua* el carácter social y la inscripción como sistema de signos cuyas características se describen a posteriori en el *Curso*. Pero estos ras-

gos no indican de por sí la naturaleza estrictamente lingüística del objeto formal establecido a través del proceso teórico; lo que ocurre es que la noción de lengua, tal cual es elaborada por Saussure va mucho más allá de la lingüística y se instala como noción abarcadora de todo sistema significativo.

Por otra parte esta reflexión que se opera en cuanto a la lengua se reproduce también en relación a las unidades (signos) que la constituyen: en lo que va del primero al tercer curso Saussure comienza a identificar dichas unidades sobre tanteos que parten estrictamente de un campo lingüístico. Así presenta al signo en una primera instancia, como dualidad sílabas/significación, más adelante sonido/concepto o bien imagen acústica/concepto. ¿Por qué entonces si poseía una nomenclatura lingüística que explicara la dualidad del signo opta por insertar la dicotomía significante/significado? Una vez más aparece una exclusión significativa: Saussure se sitúa en relación al signo en la misma dirección en que implicaba la noción de lengua; la división significante/significado, que recién establece al final de su tercer curso, alcanza tanto a las unidades lingüísticas como a las de cualquier otro campo semiológico.

Es así como en cada eslabón de su proceso teórico Saussure marcha sobre esta doble relación lingüístico-semiológica; esto confirma y explicita algunas de las observaciones que aparecen al comienzo de esta introducción: en primer lugar, su discurso marca una nueva perspectiva para la lingüística en la medida que establece los mecanismos del lenguaje humano y formula una teoría general de la lengua. Por otra parte inaugura una nueva forma de trabajo, una nueva forma de reflexión para las ciencias sociales. A partir de Saussure éstas pueden unirse a la lingüística en la intersección que las define como instituciones semiológicas.